



*El color púrpura
de la Ópera*

Laura Rodríguez Maroto 4ºESO

IES VILLA DE VALLECAS

Dicen que el púrpura simboliza la calma, la creatividad, la magia y el misterio. Y aquello era lo que yo sentía cada vez que ponía un pie dentro de una ópera. Un lugar y un tiempo donde se une la música — con silencios plenos o sonidos estruendosos —; la poesía — con palabras celestiales o amargas —; las artes escénicas, la actuación, el ballet y la danza — con movimientos lentos y suaves guiados por la música, por los sentimientos —; las artes escenográficas (pintura, artes plásticas, utilería, arquitectura) — para darle sentido a la representación, para sentirte dentro, para conversar con el público —; la iluminación y otros efectos escénicos — como una moderna bola de discoteca —; el maquillaje — retocado mil veces — y el vestuario — rugoso, limpio, en orden. Un lugar y un tiempo donde quizás algunos se pueden sentir como pez fuera del agua y otros, sin embargo, como en casa.

Yo había asistido a ocho óperas hasta ese día, desde *L'amour de loin* hasta *Only the sound remains*, ambas de la compositora Kaija Saariaho, y en todas ellas había sentido algo. Miedo, amor, nostalgia, tristeza... Y es que esa es otra peculiaridad de la ópera, te hace sentir.

Aquella tarde me encontraba de camino al ensayo de una ópera a la que había decidido apuntarme. No era una ópera famosa, por supuesto. De hecho, era una creación de mi colegio que, sin duda, se caracterizaba por la gran variedad de actividades que ofrecía.

Llegaba tarde, como de costumbre. Sería raro si no llegase tarde. Sé que es algo que odian en las óperas, pues ahí se exige puntualidad y yo no es que eso lo cumpliera a raja tabla. Abrí la puerta del gimnasio y todos se quedaron mirándome. Detestaba sentirme el centro de atención, pero cuando me rodeaba de gente me convertía en una persona segura de sí misma, aunque no fuese así en verdad. Fingía ser alguien que no era. Por suerte, el profesor me dejó pasar y empezamos la clase con normalidad. Me junté con mis dos mejores amigos, Ana y Mateo. Ana era un ejemplo a seguir para muchas personas, parecía perfecta, cuerpo deseable, muchos amigos, notas magníficas... Y Mateo era un chico conocido por todo el instituto, capitán del equipo de fútbol, y a donde todos los ojos miraban. Yo... Yo era todo lo contrario a ellos, yo me escondía un poco en las sombras, vivía allí y me sentía segura, en aquel lugar donde muchos llamaban soledad.

Empezamos la clase eligiendo nuestro rol para la obra que se nos había asignado el día anterior. Me ofrecí como personaje secundario, pero el profesor me asignó la función de tramoyista, es decir, me encargaría de cambiar el decorado y de los efectos especiales que las diferentes escenas requerían. Iba a estar, como siempre, en las sombras. No me quejaba, de hecho lo prefería pero dentro, muy dentro de mí quería mostrarle al mundo de lo que era capaz y eso bien lo sabían mis amigos.

— Profe, ¿podría ser yo la tramoyista? Es que no estoy segura de llegar a aprenderme el papel entero para dentro de dos semanas. Mi nivel académico no es lo suficientemente bueno. Seguro que Iryna lo haría mejor.

Ana trató de convencer al profesor, parecía confiada en sus palabras, aún así se lo negaron. Intentó varias veces hacerle cambiar de opinión, pero fue en vano, no sirvió de nada, quizás ese era el lugar elegido para cada una.

Ensayamos durante dos horas en las que no hice prácticamente nada, solo observaba a los actores, que se movían por todo el escenario, con movimientos lentos mientras leían el diálogo.

Fueron pasando los días y mi labor nunca llegaba, solo me sentaba y escuchaba. Los últimos días practicamos en el teatro donde íbamos a representar. El control de sonido se encontraba en los palcos del segundo piso. Se colocaban allí para poder escuchar al mismo volumen en que lo hace el público. Y el control de luces se hallaba en la parte más arriba del teatro, en el gallinero, la zona más barata. Nos habían informado sobre los precios de las representaciones y sobre los cambios arquitectónicos que habían tenido los teatros. Ahora poca gente ocupaba los palcos, algo que se diferenciaba con la antigüedad, pues antes todos ansiaban ese lugar para cotillearse y conocerse entre ellos.

Llegó el gran día. Solo quedaban dos horas para el comienzo de la ópera y el patio de butacas ya empezaba a llenarse. Los actores no paraban de moverse nerviosos, el sonido y las luces ya habían sido comprobados horas antes, el decorado estaba en su sitio preparado, algunos se retocaban el maquillaje y otros no paraban de tocarse el vestuario como si hubiese alguna arruga. Yo, sin embargo, observaba todo desde fuera. Observaba ausente cada mínimo detalle hasta que, de pronto, me llegó un mensaje.

“No voy a poder asistir, comunícaselo al profe” me escribió Ana. El mensaje era claro y conciso, pero no sabía si era sincero o si ella seguía esforzándose para que yo me quedara con su puesto. Por si acaso, decidí que había que comunicarlo, quedaban pocas horas y nos faltaba la protagonista. Miré a Mateo suplicándole que él se lo dijese, pero me arrastró hasta los hombros del escenario, más conocido como el backstage. Me agarró de los hombros y me miró fijamente.

— Debes decírselo tú, Iryna. Tienes que enfrentarte a tus miedos, no puedes estar huyendo siempre. Aprovecha tu potencial.

Después me abrazó y me dio un pequeño empujón hacia adelante.

Sus palabras se me habían quedado grabadas, tenía razón. Si quería algo, tenía que esforzarme por ello, así que me acerqué al profesor y le sugerí ser yo la protagonista.

— ¡Oh, no, mon amour! ¡Desde luego que no, ni siquiera te sabes el papel!

— Sí me lo sé, estuve horas escuchando a mis compañeros. Sé qué hacer y qué decir en cada momento.

— No, no estás preparada. Hay mucha gente delante que te va a observar. No estás preparada para tanta presión.

— Quizás no lo esté, pero no voy a seguir huyendo.

— La decisión está tomada. No serás tú quien actúe— sentenció.

Pero Mateo también hizo algún que otro comentario. Estábamos muy cerca de convencerle.

— ¡Está claro que no hay otra opción! ¡Está bien, mon amour! ¡Prepárate!. Debes estar lista en una hora. Espero que no nos falles.

La obra ya había empezado y todo iba bien. Las escenografías cambiaban; las luces se apagaban cuando era necesario; del foso aparecían instrumentos con un coro o un solista; el maquillaje que todos llevábamos puesto era maravilloso; nos cambiábamos de ropa cada vez que era necesario; el sonido a veces era suave, otras veces ensordecedor; la decoración era innovadora, creativa; la actuación y las voces eran impecables y, al final, todo el público nos vitoreó. Eso era símbolo de que les había gustado. Incluso la cara de mi profesor era de alivio total. Aún así, se quedó con su orgullo y prometió no volver a ponerme como protagonista principal.

Ya había brillado suficiente, ya les había mostrado de lo que soy capaz, ya no era aquella chica de las sombras, ahora esta era mi casa. Ya no sería público, sino actriz; yo ya no sería negro, sería color brillante, porque por fin había dejado atrás mis miedos, me había enfrentado a ellos. Yo había nacido para esto y lo acaba de demostrar. Claro que podía mejorar, matizar algunas cosas, pero ya me sentía plena. Me había esforzado en cumplir mis sueños, en lanzarme y conseguir ese papel, en hablarlo con mi profesor y todo esfuerzo merecía su recompensa. Yo no quería seguir siendo aquella chica de las sombras, quería demostrar mi valor, mi esfuerzo y dedicación, porque yo era el color púrpura de la ópera, sería esa calma antes de la tormenta, ese misterio, esa magia.